

BIBLIOGRAFIA

RECENSIONES

VITO-TOMÁS GÓMEZ GARCÍA, O.P., *El cardenal Fr. Manuel García y Gil, O.P., Obispo de Badajoz y Arzobispo de Zaragoza (1802-1881)*, Publicación del Colegio Cardenal Xavierre de Zaragoza, Valencia 1990, 995 p.

La personalidad de Fray Manuel García y Gil era poco conocida; sólo algunas publicaciones habían conmemorado significativos momentos de su vida. Alguien debía enfrentarse con esta realidad y dedicarle una amplia y científica monografía. Y ¿quién mejor que un hermano en religión e interesado en la historia de la religiosidad de la España del siglo XIX?

La detallada y documentadísima exposición sigue el orden cronológico de los acontecimientos: desde su niñez e infancia por sus tierras natales de Galicia hasta su muerte como arzobispo y cardenal de Zaragoza. Poco a poco va perfilándose su formación religiosa y científica que, de todas maneras, no supera el marco tradicional del neotomismo. También su infatigable actuación primero como religioso dominico, y luego como obispo de Badajoz, durante cuatro años, y arzobispo de Zaragoza y cardenal hasta su muerte.

El autor, en su avance expositivo y mediante oportunas notas, nos hace partícipes de sus amplios conocimientos de la situación histórica en que desarrolló sus actividades su biografiado. Esto convierte su estudio en algo más complejo que la mera sucesión de unos hechos, aunque éstos fueran de por sí interesantes.

Manuel García y Gil participó más o menos directamente en todos los principales acontecimientos de la historia civil y religiosa de la España de la segunda mitad del siglo XIX, y en los que se derivaron de la celebración del Vaticano I y de la pérdida de los Estados Pontificios. En ambos acontecimientos optó por la línea tradicional, aunque sin llegar a las exageraciones de los integristas. Su religiosidad e incluso educación cívica quitaban estridencia a sus posiciones doctrinales.

El analítico estudio de sus intervenciones servirá, sin duda alguna, a conocer mejor la situación religiosa de España. Otras obras de síntesis y comparativas completarán la visión de aquellos años repletos de vicisitudes y que, con raras excepciones, no han merecido la atención y valoración exigidas.

Las abundantísimas notas que nos remiten a la documentación de archivos —ha investigado en los españoles y del Vaticano— permiten al lector valorar la solidez de la exposición, que viene completada con la luz de la riquísima bibliografía utili-

zada, generalmente de cuño hispánico, faltando con todo algunas obras alemanas de las que, para el conocimiento del marco histórico, no se hubiere podido prescindir. Felicitamos al autor y le animamos a proseguir en sus estudios históricos.—ANTONI BORRÀS I FELIU.

M.^a JOSÉ CASAÚS BALLESTER, *Catálogo de los Fondos Parroquiales del Archivo Histórico Diocesano de Teruel*, ed. la autora, Teruel 1990, 595 p. + XVI láminas + 2 cuadros + 3 mapas, prólogo de M.^a Milagros Cárcel Ortí, ISBN 84-404-7954-9.

La Iglesia, protagonista y espectadora de una historia larga, es además guardiana y custodia de muchos documentos que dan fe de ella. Recientes exposiciones han dejado de manifiesto ante la opinión pública española el valor de buena parte de estos fondos y el mérito de los hombres de Iglesia que, generación tras generación, los han conservado dignamente en general con enorme escasez de medios. Hay que reconocer también que los encargados de la mayor parte de los archivos eclesiásticos, los párrocos, ni tienen una especial formación archivística, ni tiempo ni interés en este tema. Por eso, desde 1973 la Conferencia Episcopal Española se ha ido ocupando de este asunto. En 1976 se aprobó el Reglamento de los archivos eclesiásticos españoles. En él se habla de la necesidad de concentrar archivos parroquiales.

La diócesis de Teruel fue una de las primeras en ejecutar esta recomendación. Ello ha facilitado a la autora de este libro —ampliación de su tesis de Licenciatura en la Universidad de Valencia, dirigida por la doctora M.^a Milagros Cárcel Ortí— abordar el estudio y clasificación de los fondos parroquiales de 39 pueblos de la diócesis turolense, situados al noroeste y pertenecientes hasta 1833 a la Comunidad de Daroca.

No es el primer trabajo de la autora en este campo, en el que lleva trabajando cerca de diez años. Esto y la experta dirección de la doctora Cárcel Ortí dan por resultado una obra de peso. De acuerdo con las corrientes archivísticas más modernas, se concibe la catalogación como dar vida a un archivo, de forma que se refleje la vida de la institución cuyos fondos conserva y transmite a la posteridad. En este sentido, la autora ha agrupado los fondos parroquiales aludidos en seis secciones, que compendian la vida parroquial sacramental, gobierno y acción pastoral, administración, documentación notarial, documentación judicial y varios.

Es de agradecer este trabajo, que no sólo facilita extraordinariamente investigaciones posteriores, sino que es además un modelo a imitar para otros fondos.—R. M.^a SANZ DE DIEGO, S.J.

V. CÁRCCEL ORTÍ, *Breve historia de la Iglesia en Valencia*, Arzobispado de Valencia, 1990, 233 p., ISBN 84-404-8496-8.

Hace años apareció en estas páginas [Est. Ecl. 62 (1987) 85-86] la recensión del «hermano mayor» de este libro, *Historia de la Iglesia en Valencia*, del mismo autor. La obra presente es una refundición popularizada de esa magna obra de dos tomos, espléndida presentación y síntesis completa y armónica.

A escala más reducida, se pueden repetir ahora con justicia los elogios que mereció la obra primera. También en este resumen aparecen el rigor, la mirada a todo el panorama de la vida de la Iglesia y su reflejo proporcionado. También como entonces el quehacer histórico de Mons. Cárcel Ortí está presidido y sustentado por una teología de la Iglesia y de la historia.

Ha sido un acierto popularizar y poner en más manos una obra seria y de lectura fácil, que recoge fielmente y con cariño el ayer de nuestros antepasados en la fe.—
 RAFAEL M.^a SANZ DE DIEGO, S.J.

RAFAEL M.^a SANZ DE DIEGO (ed.), *San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares (1526-1527)*, Institución de Estudios Complutenses (CSIC) - Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús, Madrid 1991, 144 p., ISBN 84-404-9202-2.

Con ocasión de los Aniversarios Ignacianos, la Institución de Estudios Complutenses y la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús organizaron en la Universidad de Alcalá de Henares un ciclo de Conferencias, en el que cuatro especialistas se acercaron al mundo alcalaíno que encontró San Ignacio en 1526. Estas conferencias, ahora editadas, constituyen, junto con una presentación previa del sentido del ciclo y de la estancia del santo en Alcalá, el presente libro.

Al llegar a la ciudad del Henares en 1526, Ignacio de Loyola encontró una triple Alcalá, recordada a través de estas conferencias: la *religiosa* (conferencias de don Bartolomé Escandell y del P. Luis Fernández), la *universitaria* (aportación de don Ramón González Navarro) y la *ignaciana*: lección magistral del P. Elías Royón. Más en concreto:

- En Alcalá Ignacio encontró ante todo un ambiente de reforma, que había nacido antes de que Lutero promoviese la suya. En Alcalá la Reforma tenía un nombre: Cisneros. La correlación entre los proyectos reformadores cisneriano e ignaciano la ha trazado con mano maestra el profesor Escandell.

- Junto a la reforma pretendida, sus subproductos, a veces no deseados pero inevitables: el ambiente mesiánico, el lógico influjo erasmiano, las corrientes subterráneas y difusas del alumbradismo. Un experto en la juventud de Ignacio, el P. Luis Fernández, S.J., se ha adentrado en esta maraña, en la que ha sido para él guía imprescindible el mucho saber que tiene acumulado sobre la época y el personaje.

- En Alcalá destacaba en 1526-27 la Universidad de Cisneros. Ramón González Navarro introduce en la historia y funcionamiento —académico y paraacadémico— del Colegio Mayor de San Ildefonso y de paso en la vida y topografía complutense de la época.

- Finalmente se impone una reflexión sobre lo que significaron los meses alcalaínos para el camino personal de Ignacio y para el proyecto de su vida: la Compañía de Jesús. El P. Elías Royón, Provincial de Toledo de la Compañía de Jesús, posee un conocimiento hondo de la espiritualidad ignaciana y de la concepción del sacerdocio en la época. Con hondura y sencilla claridad ayuda a ponderar los frutos de estos meses alcalaínos para Ignacio.

Hace años otro ciclo de conferencias historiaba la presencia jesuítica en Alcalá y aquellas intervenciones se recogieron también en un libro semejante. Este ahonda más en los orígenes y se centra en el primer encuentro entre Ignacio y Alcalá.

Un encuentro que resultó fecundo, pese al aparente fracaso con que se saldó: Ignacio no pudo ni estudiar ni ayudar a las almas en Alcalá.

Fue su primer contacto prolongado con el mundo universitario, con los problemas eclesiales del momento y con hombres y mujeres empapados de ellos. Fue también su primera experiencia en la propia carne de la reacción de la Iglesia jerárquica ante su propio camino cristiano: en Alcalá se inaugura la serie de ocho procesos que le instruirán a Ignacio a lo largo de su vida. En la ciudad del Henares sufrió los tres primeros. Como en todos, la sentencia final reconocía su inocencia. Pero antes había gustado lo que significaba vivir en prisión, por amor a Cristo, tan central en

su experiencia espiritual. Fue también en Alcalá donde por vez primera quiso que él y sus compañeros mostrasen exteriormente que formaban un grupo específico: en lugar del traje universitario vestían un sayal. Les llamaron por eso «los ensayalados».

Quizá lo más sugerente de los meses que Ignacio pasa en Alcalá es la cantidad y calidad de personas que se sienten interesadas o atraídas por él. Le buscan en sus reuniones o le visitan en su habitación catedráticos como los doctores Naveros, Ripalda (padre del autor del Catecismo) o Miona, más tarde jesuita; beatas como Isabel Sánchez «la Rezadera»; nobles como doña Teresa Enríquez, «la loca del Sacramento», o doña Leonor de Mascarenhas, futura aya de Felipe II (que nació precisamente cuando Ignacio estaba entre rejas); María de la Flor, que había ejercido la prostitución entre los estudiantes; el impresor Miguel de Eguía, introductor de Erasmo en España; su hermano Diego, que después se unirá a la Orden fundada por Ignacio... Le conocieron también, sin tratarle a fondo, San Francisco de Borja y varios de los primeros jesuitas: Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla, Jerónimo Nadal, Martín de Olabe.

Es llamativo que interesase y removiese tanto un estudiante tan atípico. Ni su aspecto era atractivo, ni su oratoria brillante, ni podía prometer ventajas y ganancias a quien se le acercase; más bien al contrario. Pero tenía un evidente poder de seducción, propio de las personalidades definidas, que saben lo que quieren —en este caso, lo que Dios quería de él— y van paso a paso tras ese ideal.

Los meses pasados por Ignacio en Alcalá fueron breves pero densos y fecundos. Ha sido una idea acertada el evocarlos. Y ha sido espléndida la realización de esta idea, mérito de los cuatro especialistas autores de los estudios que componen este libro.—V. M.

XABIER PIKAZA, *Para vivir la oración cristiana*, Editorial Verbo Divino, Estella 1989, 222 p., ISBN 84-7151-612-8.

En alguna ocasión se ha comentado ya en esta revista el acierto de la colección «Para...» de la E.V.D.

En estas páginas, X. Pikaza, que tantos escritos —y de tanta calidad— viene publicando en los últimos años, confluyen la experiencia del autor como orientador de grupos de oración y la ciencia del profesor de teología espiritual.

Consta este libro de cuatro grandes apartados: los espacios de oración (oración de la naturaleza, de interioridad, comunitaria, oración desde la historia). Cristo como orante y la oración cristiana (el Padre Nuestro, la Eucaristía). Un último capítulo reflexiona sobre el hombre como ser orante.

Esta publicación de Pikaza es muy clara en la estructura y en la exposición, de verdadera profundidad teológica pero sin refugiarse en estilos o expresiones difíciles. Ofrece un panorama muy completo de la oración cristiana con el calor no de quien expone académicamente sino de quien invita respetuosamente a rezar. Aporta una amplia bibliografía en cada uno de los capítulos. El libro, como todos los de esta colección, pedagógicamente escrito y está pulcramente editado.—J. G. P.

JEAN-PIERRE BAGOT (en colaboración con la revista Amós), *Guía de Domingos y Fiestas*, Ciclos A, B y C, comentarios a los textos del Leccionario (Colección «Pastoral Aplicada», n. 163), PPC, Madrid 1990, 396 p., 16 × 22,5 cm.

El título de este libro explica perfectamente lo que quiere ser. Y los que lo han manejado y utilizado pueden afirmar que realmente es eso que dice el título: Una guía que puede prestar un magnífico servicio a todas aquellas personas que tienen la difícil pero extraordinaria misión de animar las asambleas cristianas dominicales (o festivas), ya sean sacerdotes u otros, sin presencia del sacerdote, a quien a veces suplen.

El libro contiene comentarios para todos los domingos de los tres ciclos y para ocho fiestas (Santa María, San José, San Juan Bautista, Santos Pedro y Pablo, La Transfiguración, Asunción de María, Todos los Santos, Todos los Difuntos). En *dos páginas*, la de la izquierda y la de la derecha, de manera concisa y enjundiosa, se ofrecen sugerencias sobre el contenido de las lecturas bíblicas y se dan pistas de reflexión personal para la *Homilía*, con un lenguaje moderno y una interpretación actualizada del texto bíblico con aplicaciones al momento de hoy. Hubiera sido bueno que juntamente con las tres lecturas acostumbradas (1.ª y 2.ª lecturas, y el Evangelio), se hubiera tenido en cuenta, para la reflexión, también el *Salmo Responsorial*, que también forma parte del mensaje unitario que quiere dar la Palabra Bíblica.

Se trata, pues, por lo indicado, de una valiosa ayuda, para el que tenga que dirigir en los domingos y fiestas la Celebración de la Palabra.—J. ALONSO DÍAZ.

ROMAN BLEISTEIN, *Alfred Delp. Geschichte eines Zeugen*, Verlag Josep Knecht, Frankfurt/Main, 1990, 532 p., ISBN 3-7820-0598-8.

El 2 de febrero de 1945, a las tres de la tarde, era ahorcado en la cárcel del Plötzensee (Berlín) el jesuita de treinta y siete años Alfred Delp. Sus cenizas fueron inmediatamente aventadas por orden de H. Himmler, jefe de la Gestapo. Aquella ejecución, junto con otras muchas, había sido dictada por un «tribunal popular» nazi contra militares, políticos e intelectuales que, al prever la derrota del nazismo, pretendían fundamentar democrática y cristianamente la Alemania del futuro.

Desde hace decenios, el jesuita Roman Bleistein ha hecho numerosos estudios sobre la persona y la época de su compañero Delp y editado todos sus escritos. El primero, *Existencia trágica* (1935), un ensayo sobre la filosofía existencial de M. Heidegger, fue traducido al castellano años después (1942). El último, dos días antes de su ejecución, es un mensaje desde la cárcel escondido en la muda a lavar que dice: «Rezad y creed. Gracias. Delp.»

La presente biografía es, pues, meta de una larga investigación. Bleistein reconstruye minuciosamente la infancia y adolescencia de Delp (1907-1926); su vocación religiosa, formación jesuítica y dificultades en la orden (1926-1939); su tarea en la casa de escritores de Munich, hasta su disolución por la Gestapo (1939-1941) y finalmente su capellanía en Bogenhausen, un pueblo cercano a la capital bávara hasta su detención (1942-1944). Fue en esta última época cuando su Provincial, A. Rösch, le invitó a colaborar con la resistencia antinazi, concretamente en el llamado «círculo de Kreisau», dirigido por el noble luterano Helmuth J. von Moltke y ejecutado poco antes que él mismo. Su misión en aquel grupo fue la de asesoramiento en problemas laborales y sociales, desde la perspectiva de la doctrina social de la Iglesia católico-romana.

El 6 de junio de 1944 Delp visitó personalmente al coronel de estado mayor,

conde Claus von Stauffenberg, autor material del atentado al «Führer». Una semana después del mismo, el 28 de julio, el jesuita era detenido al terminar su misa, conducido a Munich y torturado por la Gestapo. Otra semana después, el prisionero fue llevado a Berlín, donde sería de nuevo torturado, juzgado el 10 y 11 de enero de 1945, condenado a muerte y ejecutado.

En su excelente biografía, Bleistein reconstruye con minuciosidad la detención, las peripecias del encarcelamiento, los contactos del preso con el exterior, sus escritos de cárcel y sus mensajes. Particularmente emotivos son el relato de su última profesión religiosa que le había sido diferida por los superiores y que realizó, finalmente, con las manos esposadas, el 8 de diciembre de 1944, y la carta de despedida a todos sus compañeros jesuitas, tras conocer la sentencia de muerte.

Entre los problemas que no parecen quedar suficientemente claros para el lector, están el del entusiasmo de A. Delp por el primer nacionalsocialismo y su más que verosímil discrepancia con otros compañeros de su inmediato entorno, como Rupert Mayer, hoy beatificado, o Agustín Rösch, su provincial. Tampoco se trasluce su reacción a la encíclica: «Mit brennender Sorge» (Con ardiente preocupación), de Pío XI (1937), que ni siquiera se cita en la bibliografía, ni a la «anexión» de Austria. Sería interesante precisar el momento en que Delp pasó de simpatizante del nazismo a uno de sus heroicos «resistentes».

Respecto al proceso, el biógrafo concluye que, aunque sea cierto que Delp apoyaba el atentado contra Hitler, como medida extrema, por razones éticas, discrepando en esto tanto de Rösch como de von Moltke y coincidiendo con von Stauffenberg, no puede aclararse si conoció el proyecto concreto del atentado (p. 289). De hecho, la sentencia de muerte no contempla tal punto, fundándose tan sólo en no haber denunciado a la autoridad las actuaciones del «círculo de Kreisau». Lo mismo dice el informe confidencial, enviado a Bormann, lugarteniente de Hitler, el mismo día de la sentencia de muerte (p. 392).

Alfred Delp puede ser considerado como un auténtico mártir de la Iglesia y como un «teólogo de la liberación» de la injusticia en la Alemania nazi de su tiempo. Hay que agradecer a Roman Bleistein el concienzudo trabajo por aclararlo.—MANUEL ALCALÁ.

A. HASTINGS (ed.), *Modern Catholicism. Vatican II and after*, SPCK, Oxford University Press, London/New York 1991, 473 p., ISBN 0-281-044470-8.

La II Asamblea extraordinaria del Sínodo Episcopal (1985) calificó al Vaticano II como el acontecimiento eclesial más importante del siglo xx. Resulta, pues, muy extraño que las «bodas de plata» de su clausura (1990) hayan pasado inadvertidas, en los niveles «oficiales», tanto de la iglesia primada de Roma como en otras muchas locales por todo el mundo.

Afortunadamente, sin embargo, no han faltado determinadas conmemoraciones, generalmente de tipo privado e índole académica. Entre las más sugerentes de tal carácter figura concretamente la edición del presente volumen. En él, 40 especialistas. en su mayoría británicos y norteamericanos, ensayan sin ambages una evaluación pormenorizada del concilio y de los veinticinco años del postconcilio. Son profesores universitarios, sacerdotes y laico(a)s comprometido(a)s a muy diversos niveles. Su gama es amplia: desde un obispo y un gran número de religiosos hasta algunos sacerdotes secularizados.

La obra comienza con un brillante *Panorama histórico* a cargo del editor. A él se

añaden otras visiones sectoriales tal vez menos llamativas. De ahí se pasa con desigual profundidad y extensión a la exposición y exégesis de los *Textos conciliares*.

Con todo, la mayor originalidad del libro radica en las partes dedicadas a la *Renovación institucional*: Curia, Sínodo, Derecho canónico, Comisión teológica, Justicia y Paz, etc., y a las *Tareas conciliares inacabadas*: Pluralismo, Intercomunidad, Natalidad y Celibato. Le sigue otro apartado de actualidad: *Puntos candentes post-conciliares*: Sacerdocio, los Jesuitas, la Mujer en la Iglesia, Matrimonio, Sexualidad, Aborto, Reacción conservadora, Dilema nuclear, etc. En la última parte se ofrecen *Informes* de diversas regiones católicas: África, Américas, Europa, etc., para terminar con otros sugerentes apartados, como: *Ecumenismo, Teología postconciliar, Juan Pablo I y Juan Pablo II*. El libro se corona con una *Evaluación exterior*, hecha por un teólogo anglicano, y un *Índice* muy completo de personas y materias.

El temple de todo este volumen es eminentemente crítico. Su postura, progresiva. Su talante, inequívocamente aperturista. Muchos de sus autores escriben sin rebozo, cosa de agradecer en un momento en que aumentan los susurros evocadores de la era preconiliar. Se estará, o no, de acuerdo con sus análisis y críticas, por ejemplo, de los últimos papas, incluido lógicamente Juan Pablo II. Sin embargo, hay que decir que, en conjunto, las valoraciones no son casi nunca gratuitas, aunque a veces acusen cierto apasionamiento. Es, pues, una obra que da «mucho que pensar» y esto es probablemente lo que sus autores pretenden al publicarlo.

De particular interés son los ensayos de Hastings, por su originalidad en la presentación panorámica de los problemas, aunque a veces no le falte cierta artificiosidad. También originales y agudas son las colaboraciones de Hebblewaite, un experto «vaticanólogo», tras su etapa de jesuita publicista.

En cambio, se echa de menos un mejor comentario a puntos como la «comunicación social» y a algunos temas especialmente conflictivos, como los relativos al «celibato» y a la «mujer en la Iglesia». Una mayor profundidad les hubiera ayudado a dar más credibilidad a las opiniones que sus autores propugnan y en general a sus nuevos enfoques. Sin embargo, ese es tal vez el «sino» de toda obra de colaboración, especialmente en esta, donde intervienen tantos especialistas de tan variada procedencia.

Su lectura es fácil y será, pues, muy estimulante para una gran mayoría de lectores. Desde luego no faltarán quienes se admirarán ante algunas de sus afirmaciones que, en general, sólo afectan a cuestiones de hecho «disputadas y disputables».

En resumidas cuentas, estamos ante un libro *radical* en el doble sentido de la palabra. Ante todo, porque intenta ir a la raíz de las cosas, llamándolas valientemente por su nombre. Es tal vez mejor cualidad del conjunto de la obra. En segundo lugar, porque se advierte en sus planteamientos cierta polarización, por otro lado bastante explicable.

De todas formas, es un grito saludable. Si llama tanto la atención es por escucharse entre un silencio extraño e indudablemente pretendido en el 25 aniversario del Vaticano II.—MANUEL ALCALÁ.

- A. CHAPELLE (ed.), *Les Exercices Spirituelles d'Ignace de Loyola. Un commentaire littéral et théologique* (Editions de l'Institut d'Etudes Théologiques, 10), Bruxelles 1990, 506 p.

Con ocasión del centenario ignaciano varios autores, coordinados por A. Chapelle, acaban de publicar en este tomo las reflexiones y estudios de una treintena de años de trabajo sobre los Ejercicios de San Ignacio. Este tomo representa, por tanto, la

confluencia de muchos años de trabajo y de diversos puntos de partida de los que arrancaron las reflexiones: filosofía, teología, exégesis, moral...

Los propios autores —y Chapelle lo pone de manifiesto en la propia introducción— han indicado la finalidad: han querido hacer un comentario del texto en sí mismo. No han pretendido ni redactar un directorio ni unos sumarios con exposición de las meditaciones. Tampoco expresar en primera línea la teología subyacente de los Ejercicios. En este sentido son clásicas las obras de Przywara y G. Fessard y M. Schneider publicó hace ya algunos años su obra en Innsbruck (*Unterscheidung der Gesiter*), en que comparaba la visión que de los E.E. tenían estos tres autores citados.

Al pretender un comentario así, se ha querido dejar hablar al texto en sí mismo, haciendo resaltar los matices pero procurando no cargarlo con la propia interpretación personal o desde la propia época. Con este criterio se ha pretendido entregarnos la «experiencia» personal de Ignacio y su método.

Aunque son seis los autores de los diversos trabajos, junto a la coordinación de Chapelle, que tiene en este volumen no pocos comentarios de meditaciones y documentos del libro, habría que señalar también la de Rouwez y la de Gervais. Es iluminadora la de Rouwez porque ofrece, en síntesis, las diversas etapas de la vida de Ignacio en las cuales se va experimentando el método y acuñando la expresión (Montserrat, Manresa y estudios en España y en París). Resulta muy rica la contribución de Gervais, quien, al ir exponiendo la gracia de las cuatro semanas, hace resaltar el hilo conductor de todo el proceso.

Este comentario resulta un elemento muy valioso por lo que nos dice: el «texto» de los E.E. nos queda más cerca y a la mano. Para un conocimiento más completo habría que explicitar más el «desde dónde» nació el texto. De la abundantísima literatura en torno a San Ignacio y a los Ejercicios que se viene produciendo en estos últimos decenios el libro es bastante parco en citas. Pero a una sola publicación no se le puede pedir todo. Y lo que ofrece es de calidad.—J. GARCÍA PÉREZ.

REINHARD LEUZE, *Gotteslehre*, Verlag Kohlhammer, Stuttgart 1988, 183 p., ISBN 3-17-010301-6.

Estas páginas de Leuze arrancan de la pregunta acerca de la palabra Dios para ir exponiendo después los temas clásicos del tratado sobre Dios: La doctrina sobre Dios como reflexión sobre la palabra Dios; la palabra «Dios» en el contexto de la historia de las religiones; palabra Dios y el nombre de Dios; significación de la palabra Dios; un último capítulo se ocupa del acceso del hombre a Dios (la «existencia» de Dios).

El libro tiene, a nuestro parecer, dos cualidades que lo hacen muy útil para quienes se interesen, a nivel de una cierta especialización, por el tratado clásico sobre Dios. Es bastante sintético. No se pierde en rodeos o bosques de palabras. Se ofrece así una visión de cada uno de los temas que en pocas páginas recoge muchas dimensiones. Y en segundo lugar, en esta síntesis, se recogen planteamientos centrales de autores clásicos (Tomás de Aquino, Lutero, Hegel) con las aportaciones o las dificultades de autores actuales. Una amplia bibliografía en cada capítulo permite la ampliación de las cuestiones apuntadas en el texto. Queda clara la utilidad del material y reflexiones ofrecidos en este volumen por el autor.—J. G. P.